

rior y las cosas del alma; se examina á sí mismo, des-
 ciende continuamente á sus intimidades, se confina en
 el mundo moral y acaba por no ver otra belleza que
 la que puede resplandecer en él; erige la justicia en
 reina única y absoluta de la vida humana, y concibe
 el proyecto de ordenar todas sus acciones con arreglo
 á un código rígido. Y no le faltan las fuerzas en este
 empeño, porque el orgullo viene en ayuda de su con-
 ciencia. Habiendo elegido su camino por sí propio,
 se avergonzaría de separarse de él; rechaza las tenta-
 ciones como enemigos; ve que combate y triunfa, que
 realiza una obra difícil, que es digno de admiración,
 que es un hombre. Por otra parte, se libra del tedio,
 su enemigo capital, y satisface su necesidad de acción;
 el deber concebido da una ocupación á las facultades
 un objeto á la vida, provoca las asociaciones, las fun-
 daciones, las predicaciones, y, encontrando almas y
 nervios más endurecidos, las lanza, sin gran sufrimien-
 to de su parte, á las largas luchas, al través del
 ridículo y del peligro. El temperamento reflexivo ha
 dado la regla moral; el temperamento batallador da
 la fuerza moral. Una inteligencia así dirigida, es
 más apta que cualquier otra para comprender el de-
 ber; una voluntad así armada, es más capaz que
 cualquier otra de ejecutar el deber. Esa es la facultad
 fundamental que por todas partes se encuentra en las
 entrañas de la vida pública, como una de esas rocas
 primitivas y profundas que, prolongándose de una á
 otra región, dan á todos los accidentes del suelo su
 asiento y su sostén.

III

Se encuentra ante todo en el protestantismo, y por
 esa estructura mental es el inglés religioso. Atrave-
 sad aquí la rugosa é ingrata corteza. Voltaire se ríe,
 se divierte con la gritería de los predicadores y el ri-
 gorismo de los fieles. «Ni ópera, ni comedia, ni con-
 cierto en Londres los domingos; hasta jugar á las car-
 tas está prohibido expresamente.» Se solaza á expen-
 sas de los anglicanos, «tan atentos á percibir los diez-
 mos»; á expensas de los presbiterianos, «que tienen
 cara de disgusto y predicán con la nariz»; á expensas
 de los cuákeros, «que van á sus iglesias á esperar la
 inspiración de Dios con el sombrero encasquetado».
 Pero ¿no hay nada que notar fuera de esas exteriori-
 dades? ¿Se cree conocer una religión cuando se cono-
 cen particularidades de formulario y de sobrepelliz?
 Bajo todas esas diferencias de sectas hay una fe co-
 mún; sea la que quiera la forma del protestantismo,
 su objeto y su efecto son el cultivo del sentido moral;
 por eso es popular aquí; principios y dogmas, todo le
 adapta á los instintos de la nación. El sentimiento de
 donde parte todo en el reformado, es la inquietud de
 la conciencia; su espíritu se representa la justicia per-
 fecta, y comprende que la suya no subsistirá ante ese
 dechado. Piensa en el juicio final, y teme su condena-
 ción; se turba y se prosterna; implora de Dios el per-
 dón de sus faltas y la renovación de su corazón. Ve
 que ni por sus deseos, ni por sus acciones, ni por nin-
 guna ceremonia, ni por ninguna institución, ni por sí
 mismo, ni por ninguna criatura, puede merecer lo uno

ni obtener lo otro. Recurre al Cristo, el mediador único; le suplica, le siente presente, se encuentra por su gracia justificado, elegido, curado, transformado, predestinado. Así entendida, la religión es una revolución moral; así simplificada, la religión no es más que una revolución moral. Ante ese gran sentimiento, metafísica y teología, ceremonias y disciplina, todo se borra ó queda subordinado, y el cristianismo no es ya más que la purificación del corazón. Mirad ahora esos hombres vestidos de oscuro que ganguean los domingos en el templo, mientras un sujeto, con cuello de eclesiástico y «trazas de catón», masculla un salmo. ¿No hay en su corazón más que «patrañas» teológicas ó frases maquinales? Hay un gran sentimiento: la veneración. Ese templo desnudo de los disidentes, ese oficio y esa iglesia sencilla de los anglicanos, abandonan á los fieles por entero á la impresión de lo que leen y de lo que oyen. Porque oyen y leen; la oración hecha en lengua vulgar, los salmos traducidos en lengua vulgar, pueden llegar hasta sus almas al través de los sentidos. Llegan, sin género de duda, y por eso permanecen tan recogidos. Porque la raza es de suyo capaz de emociones profundas; se halla dispuesta por la vehemencia de su imaginación para comprender lo grandioso y lo trágico, y esa Biblia, que es á sus ojos la palabra misma del Dios eterno, se lo depara. Sé perfectamente que para Voltaire no es más que un libro enfático, incoherente y ridículo; los sentimientos de que está henchido no guardan proporción con los sentimientos franceses. Aquí los oyentes están al nivel de su energía y de su rudeza. Los gritos de angustia ó de admiración del hebreo solitario, los transportes, las explosiones imprevistas de la pasión sublime, la sed de justicia, el estrépito de los truenos y de

las amenazas de Dios, vienen á agitar esas almas bíblicas al través de treinta siglos. Sus otros libros contribuyen al mismo fin. Ese *Prayer book*, que se transmite por herencia con la vieja Biblia de familia, hace oír á todos, hasta el más rudo campesino, hasta el obrero de las minas, el acento solemne de la oración sincera.

La poesía naciente y la religión renaciente del siglo xvi han impreso en él su gravedad magnífica, y se siente palpar en sus páginas, como en las del mismo Milton, la doble inspiración que entonces sacó al hombre fuera de sí y le elevó hasta el cielo. Las rodillas se doblan, al escucharle. Esa confesión de fe, esas *collects* pronunciadas durante la enfermedad, ante el lecho de los moribundos, en caso de desgracia pública y de duelo privado, esas altas sentencias de una elocuencia seria y apasionada, transportan al hombre á no sé qué mundo desconocido y augusto. Pueden bostezar, burlarse y no comprender los caballeros elegantes; estoy seguro de que, entre los demás, muchos se impresionan. La idea de la obscura muerte y del océano infinito, adonde va á descender la pobre y frágil alma, el pensamiento de esa justicia invisible, presente donde quiera, sobre la cual se apoya la apariencia mudable de las cosas visibles, los iluminan con relámpagos inesperados. El mundo corporal y sus leyes no les parecen más que un fantasma y una figura; no ven ya más realidad que la justicia: es el todo del hombre como de la naturaleza. He ahí el sentimiento profundo que, durante el domingo, cierra los teatros, veda los placeres y llena las iglesias; él es el que traspasa la coraza del espíritu positivo y de la rudeza corporal. Ese comerciante, que se pasa la semana contando fardos y alineando cifras, ese *squire* ganadero,

que no sabe más que gritar, beber y saltar barreras á caballo, esos *yeomen*, esos *cottagers*, que se divierten ensangrentándose á puñadas ó sacando la cabeza por una collera de caballería para hacer visajes, todas esas almas incultas, sumidas en la vida física, reciben así de su religión la vida moral. La aman: se ve en los clamores que retumban como un trueno en cuanto un imprudente toca ó parece tocar á la iglesia; se ve en la venta de los libros piadosos protestantes, el *Pilgrim's progress*, el *Whole duty of man*, únicos capaces de abrirse paso hasta la morada del *yeoman* y del *squire*, donde duermen, entre los aparejos de pesca, cuatro volúmenes, toda la biblioteca. No moveréis á los hombres de esa raza más que por reflexiones morales ó sentimientos religiosos. El espíritu puritano amortiguado persiste aún debajo de tierra, y se lanza hacia la única parte donde se encuentran el alimento, el aire, la llama y la acción.

Se convence uno de ello mirando á las sectas. En Francia, jansenistas y jesuitas parecen muñecos del otro siglo que se pegan para divertir á éste. Aquí los cuákeros, los independientes, los baptistas, se nos presentan serios, respetados, reconocidos por el Estado, ilustrados por escritores hábiles, por sabios profundos, por hombres virtuosos, por fundadores de naciones (1). Su piedad engendra sus disputas; porque quieren creer, difieren de creencia; sólo los hombres sin religión son los que no se ocupan de religión. Una fe inmóvil no tarda en ser una fe muerta; y cuando un hombre se hace sectario, es porque es ferviente. Ese cristianismo vive, porque se desarrolla; se ve á la savia siempre corriente del examen y de la fe protes-

(1) Penn.

tante penetrar en añejos dogmas, secos desde hace mil quinientos años. Voltaire, al llegar aquí, se sorprende de encontrar arrianos, y, entre ellos, á los primeros pensadores de Inglaterra, á Clarke, al mismo Newton. No es sólo el dogma lo que se renueva; es el sentimiento; más allá de los arrianos especulativos se abrían paso los metodistas prácticos, y detrás de Newton y de Clarke, venían Whitefield y Wesley.

Ninguna historia ilustra más á fondo el carácter inglés. En frente de Hume y de Voltaire fundan esos hombres una secta monacal y convulsa, y triunfan en su patria por el rigorismo y la exageración que los perderían entre nosotros. Wesley es un erudito de Oxford, y cree en el diablo; le atribuye enfermedades, pesadillas, tempestades y terremotos. Su familia oía ruidos sobrenaturales; su padre fué asediado tres veces por un aparecido; él ve la mano de Dios en los sucesos más vulgares de la vida; un día, sorprendido en Birmingham por una granizada, descubre que recibe esa advertencia por no haber exhortado en la mesa á las personas que comían con él; cuando se trata de tomar un partido, echa suertes, para decidirse, entre los textos de la Biblia. En Oxford ayuna y se fatiga hasta el punto de escupir sangre y estar á punto de morir; en el buque, cuando marcha á América, no come más que pan y duerme en el suelo; hace la vida de un apóstol, dando todo lo que tiene, viajando y predicando un año y otro año hasta los ochenta y ocho; se calcula que dió 30.000 libras esterlinas, que anduvo cien mil leguas y que predicó cuarenta mil sermones. ¿Qué hubiera hecho un hombre así en nuestro siglo XVIII? Aquí se le escucha y se le sigue; á su muerte contaba ochenta mil discípulos; hoy cuenta un millón.

Las alarmas de conciencia que le pusieron en esa vía lanzan tras sus huellas á los otros. Nada más sorprendente que las confesiones de sus predicadores, la mayoría hombres del pueblo y laicos: Jorge Story padece *spleen*, medita y reflexiona tristemente, se dedica á denigrarse y á denigrar las ocupaciones humanas. Mark Bond se cree condenado, porque, siendo niño, dijo una blasfemia; lee y reza sin cesar y sin resultado, y al fin, desesperado, sienta plaza con el deseo de hallar la muerte. John Haime tiene visiones, grita y cree barruntar al diablo. Otro, panadero, siente escrúpulos porque su amo cuece los domingos, se consume de inquietud y á poco no es más que un esqueleto. He ahí las almas timoratas y apasionadas que ofrecen materia á la religión y al fervor. Abundan en el país, y en ellas prende la doctrina. Wesley afirma «que un rosario de opiniones se parece tanto á la fe cristiana como un rosario de cuentas á la santidad cristiana. La fe no es el asentimiento prestado á una opinión, ni á ningún número de opiniones»; es la sensación de la presencia divina, es la comunicación del alma con el mundo invisible, es la renovación completa é imprevista del corazón. «La fe justificante comprende para el que la tiene, no sólo la revelación personal y la evidencia del cristianismo, sino la firme seguridad de que Cristo murió por *su* pecado, de que *le* amó y dió su vida por *él* (1). El fiel percibe en sí propio el contacto de una mano superior y el nacimiento de un ser desconocido. El hombre viejo desaparece, y ocupa su lugar un hombre nuevo, perdonado, purificado, transfigurado, penetrado de alegría y de confianza, inclinado hacia el bien con tanta fuerza

(1) *Life by Southey*, t. I, p. 176.

como antes hacia el mal. Se ha consumado un milagro, y á cada instante, súbitamente, en cualquier circunstancia, sin preparación, puede consumarse. Dentro de nada quizá, tal pecador, el más inveterado, el más empedernido, sin pensarlo ni quererlo, va á caer llorando, con el corazón derretido por la gracia.

Los pensamientos sordos que han fermentado largo tiempo en esas almas melancólicas estallan de repente como tempestades, y el temperamento brutal se ve sacudido por accesos nerviosos que no conocía. Wesley, Whitefield y sus secuaces iban por toda Inglaterra predicando al aire libre á los pobres, á los campesinos, á los obreros, á veces á congregaciones de veinte mil personas, y á su paso «se encendía el fuego en todo el país». Se oían gritos y sollozos. En Kingswood, Whitefield, habiendo reunido á los mineros, raza salvaje «y pagana, peor que los mismos paganos, veía los blancos regueros que las lágrimas formaban en sus negras mejillas» (1). Otros temblaban ó desfallecían; otros sentían transportes de alegría, éxtasis. «Después del sermón—dice Tomás Oliver—tenía el corazón trastornado, y no hubiera podido expresar el ardiente anhelo de justicia que experimentaba. Me parecía como si hubiese podido literalmente volar al cielo.»

El dios y la bestia que cada cual lleva en sí se habían soltado; la máquina física se trastornaba; la emoción rayaba en locura, y la locura se hacía contagiosa.

En Everton—dice un testigo ocular—«unos gemían, otros daban alaridos. Lo más común era una respiración ruidosa como la de gente medio ahogada que ja-

(1) *Life by Southey*.

dea ansiando aire. Y, en efecto, la mayoría de los gritos eran como de criaturas humanas que mueren en medio de una amarga angustia. Muchos lloraban silenciosamente; otros caían como muertos... En frente de mí había un joven, un campesino robusto, fresco y sano; de pronto, cuando parecía no pensar en nada, se desplomó con una violencia inconcebible. Yo oí el golpeo de sus pies que parecía que iba á romper el banco en que yacía: tan fuertes eran sus convulsiones... Vi también un niño de unos ocho años que gritaba con la cara encendida; casi todos aquellos en quienes se posaba la mano de Dios, se ponían muy encarnados ó casi negros.» En otra parte, una mujer, asombrada de esa demencia, quiso irse. «No había dado cuatro pasos, cuando cayó al suelo con una agonía tan violenta como la de las otras.» Tras esos transportes venían las conversiones; los convertidos pagaban sus deudas, se curaban de la embriaguez, leían la Biblia, rezaban é iban á exhortar á los demás. Wesley los agrupaba en sociedades, instituía reuniones de examen y edificación mutua, sometía la vida espiritual á una disciplina metódica, edificaba templos, elegía predicadores, fundaba escuelas, organizaba el fervor.

Hoy aún sus discípulos gastan tres millones anuales en misiones enviadas á todas las partes del mundo, y los *shoutings* repiten, á orillas del Mississipi y del Ohio, el delirio y las conversiones de la inspiración primitiva. El mismo instinto se revela aún por los mismos signos; la doctrina de la gracia permanece viva, y la raza ahora, como en el siglo XVI, cifra su poesía en la exaltación del sentido moral.

IV

Una especie de humareda teológica cubre y oculta ese hogar que arde en silencio. Un extranjero que á la sazón visitase el país, no vería en esa religión más que un vapor asfixiante de discursos, de controversias y de sermones. Todos esos doctores y predicadores célebres, Barrow, Tillotson, South, Stillingfleet, Sherlock, Burnet, Baxter, Barclay, predicán, dice Addison, como autómatas, con tono uniforme, sin mover los brazos. Para un francés, para Voltaire que los lee, porque lo lee todo, ¡qué extraña lectura! Fijémonos por el pronto en Tillotson, el más autorizado de todos, especie de Padre de la Iglesia, tan admirado, que Dryden declara haber aprendido de él el arte de escribir bien, y un librero compra sus sermones, única propiedad que deja á su viuda, en dos mil quinientas libras esterlinas. La obra es, efectivamente, de peso, tres volúmenes en folio, de setecientas páginas cada uno. Para abrirlos, se necesita ser crítico de profesión ó estar decidido uno á todo por la salvación de su alma. En fin, los abrimos. *De cómo es sabio ser religioso* (1): he ahí su primer sermón, muy célebre en su tiempo y que inauguró su fortuna.

«Esta expresión, dice, comprende dos términos que no difieren de sentido, que no se diferencia más que como la causa y el efecto, y que, en virtud de una metonimia, usada por toda clase de autores, se toman frecuentemente el uno por el otro.»

(1) *The Wisdom of being religious.*